

Enrique Pichon Rivière: el vínculo y la Gestalt

Enrique Pichon Rivière: attachment and Gestalt

Hugo Vezzetti

Profesor titular de "Historia de la Psicología", Fac. de psicología, UBA. Investigador del CONICET. Director del "Programa de Estudios Históricos de la Psicología en la Argentina" en la misma Facultad. El presente trabajo ha recibido un Subsidio UBACYT, programación 2001-2004 E mail: vezzezzetti@psi.uba.ar

RESUMEN:

Este artículo se refiere a algunos temas centrales en el pensamiento de Enrique Pichon Rivière, en particular los que resultan de su primera investigación del grupo familiar. En la noción de *vínculo* se explora una doble referencia: por una parte, al concepto de Melanie Klein de *relación de objeto*; por otra, a los modelos e ideas provenientes de la dinámica de grupos de Kurt Lewin y la teoría de los roles de George Mead. En el mismo sentido, es indagado el papel de los enfoques de la *Gestalt* en la obra de Pichon. Para ello se parte del análisis de las relaciones primarias del infante al cuerpo materno y de los procesos de identificación y diferenciación. Finalmente, se pone de relieve el papel del punto de vista de la *Gestalt* en la visión que Pichon propone de una *dialéctica* del desarrollo y de las relaciones vinculares.

Palabras clave: Psicoanálisis - Historia - Argentina - Enrique Pichon Rivière

ABSTRACT:

The present article deals with central issues in Enrique Pichon Rivière thought, particularly with those that arise from his early research in family group. The notion of *attachment* is explored in order to reveal a double reference: on the one hand, Melanie Klein's concept of *object-relation*; on the other, models and ideas coming from Kurt Lewin's group dynamics and George Mead's theory of roles. In the same direction, the *Gestalt* approach is examined in the works of Pichon. In this sense, the article starts with the analysis of the infant primary bonds to the mother body and the processes of identification and differentiation. Finally, the role of the *Gestalt* viewpoint is pointed out in Pichon's view about the *dialectic* of development and attachments.

Key words: Psychoanalysis - History - Argentina - Enrique Pichon Rivière.

EL VÍNCULO

El problema del *vínculo* propone, en la enseñanza de Pichon, no tanto un concepto como un enfoque; es un punto de mira en el abordaje de ciertos temas de la clínica y, a la vez, la delimitación de un campo de indagación en un espacio de superposiciones del psicoanálisis, la psiquiatría y la psicología social. Las clases dictadas en la AP en 1956-1957, desgrabadas y editadas por Fernando Taragano, ilustran bien del clima de renovación que en el campo psicoanalítico se enlazaba con lo nuevo en el movimiento de la salud mental y en ciertas demandas de la sociedad (E. Pichon Rivière, 1986).¹ En el punto de partida estaba presente el propósito de "ampliar", o revisar la disciplina psicoanalítica con conceptos e instrumentos provenientes de la "investigación social". Se trataba para Pichon, de constituir una "psiquiatría social" innovadora, tanto por la incorporación de nociones del psicoanálisis (en particular las corrientes kleinianas) como por la inspiración de las ciencias sociales. Ese impulso reformista coincidía con lo que sucedía en la zona más dinámica de la tradición psiquiátrica, es decir el movimiento que continuaba y transformaba la tradición de la higiene mental. La obra institucional de Mauricio Goldenberg había encontrado un punto de partida en la higiene mental; y es significativo que Pichon, en el comienzo mismo del texto, coloque su empresa formativa (dirigida a psicoanalistas, vale la pena recordarlo) bajo esos auspicios, en tanto se trataba de "poder actuar desde el punto de vista de la higiene mental".

Un núcleo de la innovación pichoniana que impactaba sobre el psicoanálisis era expuesto por el propio autor brevemente, como una revisión que partía del concepto de "relación de objeto" para llegar a esa noción central, y al mismo tiempo multifacética, de su pensamiento.² Pero no llega al vínculo por la teoría psicoanalítica sino por la investigación de las psicosis y, particularmente, por el examen del grupo familiar del psicótico. En ese sentido, el vínculo es, de entrada, "red de vínculos" y se destaca en una clínica que sitúa al paciente y a la patología en un lugar de intersecciones. La puerta de entrada, la superficie de emergencia, podría decirse, de la cuestión del vínculo, parecen situarse, entonces, en el plexo de relaciones entre patología individual y grupo familiar, el cual, como un objeto múltiple, se presta a los análisis diversos, de lo psicosocial a lo sociodinámico y lo institucional (E. Pichon Rivière, 1986, p.25). A la matriz del concepto kleiniano se agregaba, como un componente teórico mayor, el pensamiento de la Gestalt, es decir, la incorporación de una dimensión "estructural" de la patología que se refería a la "forma" o, más propiamente, al "campo" en el sentido lewiniano. Esa inspiración va a tener su concepción de la *dialéctica* y la "dinámica". Pichon introducía así una divergencia central respecto del esquema kleiniano: partir de la familia como una Gestalt es diferente de concebirla como dominada, en última instancia, por las vicisitudes de las relaciones primarias focalizadas en las representaciones del cuerpo materno. En todo caso, basta ver el modo en que la familia es abordada por Marie Langer, sin rastros de la Gestalt, para advertir no sólo las diferentes apropiaciones de M. Klein sino también la diferente constitución de la problemática del grupo en el campo psicoanalítico en la Argentina (M. Langer, 1951).

El tema del vínculo no nace tampoco de la simple importación de la psicología social o la dinámica de grupos (George Mead o Kurt Lewin) que se desplegaban en los Estados Unidos. Pichon retoma nociones psicosociales, en particular el postulado del grupo como objeto irreducible al individuo y la noción de *rol*, que asimilaba el comportamiento al modelo del teatro o del juego organizado. Su esquema conceptual incorpora igualmente la noción de la interacción como lenguaje y "comunicación" de roles mutuamente referidos, recíprocos o "complementarios". Y sin embargo, no puede decirse que haya sido un *introducido* de la psicología social norteamericana; entre otras razones porque es claro que no se interesaba por mantener un conocimiento actualizado de sus desarrollos universitarios. Pichon reformulaba la noción de "relación de objeto" por la inclusión del pensamiento de la Gestalt y la teoría del "campo", e introducía el postulado de la "causalidad gestáltica" en el modelo de la célula cerrada de las relaciones tempranas. Y cuando se refería a la formación vincular primaria como un campo de fuerzas, es decir "un todo que está actuando a través de un miembro de la familia" y describía la relación entre patología individual y estructura familiar directamente citaba a K. Lewin (E. Pichon Rivière, 1986, pp.27-28).³ Otro componente era la teoría de los roles, que se proponía como una vuelta de tuerca sobre el vínculo mirado desde el interjuego y la red de vínculos, es decir situado entre lo "psicosocial" y lo "sociodinámico". Por esa vía se adentraba en una consideración más o menos tipificada, al estilo de la "dinámica de grupos" (portavoz, líder, etc.) y, en alguna medida, dejaba de lado la complejidad con que inicialmente estaba planteado el tema del vínculo. Por otra parte, la dimensión del rol parecía corresponder al plano manifiesto del vínculo, sostenido en una formación latente: varios roles, decía, pueden sostenerse en una misma estructura. Las nociones kleinianas reaparecían, entonces, en el mecanismo de adjudicación y asunción de roles que venía a corresponder a lo manifiesto de los procesos de identificación proyectiva e introyectiva. Pero la recepción de G. H. Mead (1967) introducía un enfoque distinto, una representación de roles representados o actuados concebidos según la idea del "otro generalizado", cuyo modelo es el deporte. Y es bien conocido el papel que el fútbol, como modelo y como campo de experiencias, cumplió en su pensamiento sobre los grupos operativos (V. Zito Lema, 1976, pp. 125 ss.)

Dicho brevemente, Pichon parecía poner a M.Klein en línea con G.Mead y K.Lewin y considerar que la convergencia ecléctica hacía posible una expansión enriquecedora de la relación de objeto. La incorporación de la teoría de los roles destacaba la dimensión manifiesta y descriptible del vínculo y con ello introducía un enfoque ajeno a la matriz conceptual kleiniana para quien la noción de "relación de objeto" era inseparable de la de "mundo interno". La "construcción" compleja de los objetos del "instinto" (en los términos de M.Klein), que impulsó la teoría de las relaciones objetales, se refería a una dimensión imaginaria y suponía la existencia de una "realidad psíquica" precoz, poblada de fantasías inconscientes, expresión mental de los instintos (E.Roudinesco; M., 1997, pp.737-739). La relación de objeto ha tomado del núcleo teórico de la "experiencia de satisfacción" la condición alucinatoria de un objeto que no se subordina a las experiencias reales. Puede parecer que Pichon rompía con esa matriz conceptual; y sin embargo no se "convertía" del todo al enfoque interaccionista en la medida en que introducía en la consideración del campo y los roles una doble distinción. Por una parte, la del "objeto" (y el "campo") *interno* o *externo*, que incluía la noción de "grupo interno". La tópica kleiniana de la "fantasía inconsciente" proporcionaba la matriz de ese doble "interiorizado" de la interacción manifiesta, aunque Pichon, frente a M.Klein, reformulaba la noción de "mundo interno" y lo hacía más dependiente de las experiencias reales que de la intensidad de los instintos. Por otra parte, la distinción no lo llevaba a interesarse sólo por el "vínculo interno" (que sería propiamente la relación de objeto) sino que insistía en la importancia del nivel de lo "manifiesto": y por esa atención a la "conducta" externa proyectaba el esquema de una psicología.

Una segunda complicación (en la que mantenía una filiación kleiniana) se situaba del lado del "objeto" *bueno* o *malo*, que abría una doble vía vincular: la que se dirigía a las relaciones con el objeto "malo" sufría las alternativas de la ansiedad *paranoide*, y la que conformaba las relaciones con el objeto "bueno" estaba dominada por la ansiedad *depresiva*. De modo que la "red de vínculos" pichoniana se complejizaba por esa doble duplicación, entre mundo externo/interno y objeto bueno/malo. Se trataría, entonces, de una red con diferentes "tramas" y planos superpuestos, que no era representable con el modelo funcional del juego de roles, algo que a veces quedaba oscurecido por las fórmulas sintéticas del propio Pichon y, sobre todo, de sus discípulos. Pichon hacía chocar, puede decirse, las tesis del kleinismo argentino con el modelo psicosocial de la interacción, y si el esquema conceptual del psicoanálisis quedaba afectado por esa acentuación del proceso de "interiorización" de objetos y vínculos apegado a la función de la realidad, siempre social, y por lo tanto alejada del instinto, al mismo tiempo, el modelo simple de la interacción y los roles quedaba decididamente trastocado por la introducción, como un resto kleiniano, de la realidad del "mundo interno" y los procesos de escisión en el nivel del objeto.

LA FAMILIA

La familia (desde la psiquiatría y desde los modelos psicosociales) era la puerta de entrada a su pensamiento del vínculo y los roles; pero hay que advertir la complejidad de la construcción que ofrecía de ella. La familia era a la vez el protogrupo social, un espacio de interacciones y juego de roles, en la línea de K. Lewin, y G. Mead y era un núcleo de relaciones primarias, sólo abordable con el esquema de las experiencias "tempranas" de M.Klein. En el trabajo que el propio Pichon destacaba como el primero de la serie que constituirá su obra sobre los grupos, quedaba claro que el punto de partida era la relación entre locura y grupo familiar, es decir, que no estaba lejos de su propia mitología infantil y de su acceso a Lautrémont (E.Pichon Rivière, 1960). El "grupo" como objeto en el horizonte pichoniano era, entonces, el resultado de una construcción compleja. En el comienzo, podría decirse, estaba lo "siniestro" de la familia "primaria" que nadie supo explorar mejor que Melanie Klein. Y no puede desconocerse que ese mundo fragmentado, de partes corporales animadas por una radical destructividad ofrecía, para el acceso pichoniano, una inquietante semejanza con el universo imaginario del conde de Lautrémont. En todo caso, Pichon, en la obra que le dedica, conocida postumamente, construyó un análisis que en cierto sentido combinaba y expandía en una épica del imaginario primitivo el universo poético de Isidoro Ducasse con los esquemas nocionales de M. Klein (H.Vezzetti, 1996). Pero si arrancaba con esa dimensión "siniestra", lo característico de la operación pichoniana radicaba en una "elaboración" ("reparación" podría decirse) que integraba (a través de lo que recoge de la teoría de la comunicación y del pensamiento de la Gestalt), el modelo "funcional" de una estructura grupal comunicada, integrada, dinámica, abierta, dispuesta al cambio: una utopía micropolítica proyectada sobre el grupo familiar ideal. En ese sentido operaban las lecturas que proponía de Freud y de M.Klein, siempre en una dirección sostenida en la voluntad de superar las oposiciones y restaurar lo disociado: no hay verdadera oposición entre la psicología individual y social (ya lo dijo Freud) ni tampoco hay fenómenos "narcisísticos" primarios: "todo narcisismo es secundario" por cuanto, de acuerdo con Klein, el objeto ha sido previamente introyectado; es decir, *siempre hay vínculo*. En la lectura que ofrece de M.Klein, una "relación de objeto" es una relación social internalizada y los "vínculos internos" "reproducen en el ámbito del yo relaciones grupales o ecológicas" que nacen de "experiencias precocísimas"; por lo tanto, *la experiencia reemplazaba al*

instinto. Y la fantasía inconsciente se correspondería con las interacciones en el grupo interno "en permanente interrelación dialéctica con los objetos del mundo exterior" (E. Pichon Rivière, 1970, p. 172). Aunque situaba a Freud en el "punto de partida" no dejaba de señalar que el padre del psicoanálisis había sido incapaz de desplegar una "visión integral del problema de la interrelación hombre-sociedad", en la medida en que fue incapaz de desarrollar un "enfoque dialéctico": Freud no había superado del todo la oposición entre psicología social y colectiva por "su apego a la 'mitología' del psicoanálisis, la teoría instintivista". Justamente ese era el tipo de críticas que el psicoanálisis "ortodoxo" recibía del revisionismo culturalista. Pero lo que distinguía la operación pichoniana era esa voluntad de superposición ("integración", podría decirse) del grupo primario y el secundario: es decir, el esfuerzo por introducir el modelo del grupo voluntario y autofundado (propio de la dinámica social en el mundo moderno) en el universo de vínculos nacidos de la familia primaria. Y con ello venía a proponer un desarrollo más o menos directo entre las "experiencias" de los primeros vínculos y la incorporación al grupo social. Puede decirse que esa lectura revisaba las tesis freudianas sobre el origen de la sociedad y las instituciones en la medida en que elud a el mito del parricidio, un acto colectivo que no es sólo la muerte del progenitor despótico sino la clausura del orden cerrado de las relaciones de sangre. Después de ese comienzo m tico comenzaría para Freud, la historia humana y en ella la "alianza" supone propiamente una ruptura radical con el orden de las relaciones familiares primarias (J. Belinsky, 1996). Si el esquema freudiano del Edipo puede ser interpretado como la exaltación de la familia nuclear, al mismo tiempo, propone una dinámica tensionada hacia la separación y la ruptura. Idealmente la "resolución" del Edipo es para Freud la puerta de entrada a la sociedad y al lazo social que en ese punto se opone a la dinámica de las relaciones familiares. Consecuentemente, instituye una matriz terapéutica que no reproduce las relaciones primarias sino para "liquidarlas": se funda en un contrato, en reglas y condiciones de ingreso y permanencia. Y si no incorpora nada del modelo del grupo familiar: cuando, al igual que Pinel, tiende a separar al paciente de su familia, revela su parentesco con los modernos: el acceso a la cultura supone la separación del orden de la familia.⁴

LA GESTALT Y EL CUERPO

La figura conceptual del *campo* inspiraba el conocido esquema de las tres áreas de la conducta, a partir de la lectura que Lagache hacía de Kurt Lewin (D. Lagache, 1982). En la presentación de las áreas, incluso en el ordenamiento de la serie (primero la mente, luego el cuerpo, finalmente el mundo), parecía esbozarse el modelo de una inclusión sucesiva: la mente estaba en el cuerpo y ambos en el mundo social. No voy a insistir sobre la utilidad clínica ni sobre las limitaciones de un esquema que a veces ha sido aplicado de un modo demasiado estrecho. En todo caso, Bleger sacaría las mayores consecuencias para una psicología que ya no podía permanecer apegada a la opción simple de elegir la conciencia o la conducta: había una psicología que es a la vez de la mente, del cuerpo y del mundo.

Pero en cuanto introducía una consideración genética, el objeto inicial dentro del *campo* se desplazaba de la familia al cuerpo. En efecto, Pichon encontraba en la construcción fantástica de una experiencia del cuerpo el modelo privilegiado de una *Gestalt* viva. Y una personal lectura de M. Klein volvía a mostrarse como un núcleo fundamental de su pensamiento. Sobre la idea matriz de la forma y el "organismo" (que citaba a D. Lagache) y como efecto de esa libre lectura de M. Klein introducía la figura de una génesis primaria; en ese giro el "campo originario", podría decirse, estaba constituido por la relación indiferenciada del bebé con el cuerpo materno; de all  salía una teoría pichoniana del "esquema corporal" que, genéticamente, indicaría el desarrollo siguiente: primero el cuerpo, luego la mente y finalmente el mundo (E. Pichon Rivière, 1986, pp. 86-87).

De la representación espacial, englobante, nacía una consideración descriptiva de la conducta y sus expresiones (en la mente, el cuerpo, el mundo) instalada en un "campo" de factores interdependientes y que permitiría la superación de las oposiciones acumuladas en la historia de la psicología: cuerpo/palabra y cuerpo/mente, conducta/vivencia (o conciencia), consciente/inconsciente, pasado/presente (y futuro), normal/patológico, teoría/práctica, individuo/sociedad, constitucional/adquirido. Era el proyecto que estaba en la base del programa de "unidad" de la psicología de Daniel Lagache (1980), que fue retomado por José Bleger en su psicología de la conducta. En esa dirección, el propósito explícito de superar las dicotomías y las separaciones, que volvía una y otra vez en estas clases, encontraba una primera formulación en la proposición global de las áreas y sus interrelaciones.

Pero la posición del cuerpo como matriz de una *Gestalt* primaria y la construcción genética del "esquema corporal" se refería a un conjunto de representaciones elaboradas por discriminación a partir de la indiferenciación primaria en la relación al cuerpo materno, en un movimiento dinámico que necesariamente incluía el interjuego de las restantes " reas". Y en ese vínculo primario Pichon Rivière encontraba una primera escena de conocimiento. En efecto, si cabe hablar de una "epistemología genética" pichoniana es porque la construcción cognoscitiva era concebida de un modo análogo al de las vicisitudes de la representación vivida del propio cuerpo, desde la

indiferenciación cuerpo-mente-mundo, a través del impulso de conocer y comunicar y por una "dialéctica" de apertura y cierre que iba pautando la estructura vincular: "El primer conocimiento que el niño adquiere es el de su cuerpo. En realidad cuerpo y mundo son conocidos al mismo tiempo" (p.106).

La Gestalt, entonces, como forma básica y principio organizativo de la estructura vincular familiar y grupal venía a ser una derivación, heredera podría decirse, de las relaciones primarias con el cuerpo materno, constituido, en el origen, en la *forma de las formas*. Nuevamente, en la peculiar dialéctica pichoniana, la lectura de K.Lewin (campo, dinámica de fuerzas, fases continuas de lo cerrado a lo abierto y de nuevo a lo cerrado) reencontraba la escena originaria que provenía de sus deudas con los conceptos del kleinismo. Por una parte, la teoría de las áreas fenoménicas respondía a la misma voluntad integrativa dominada por la noción gestáltica del campo: la mente, el cuerpo y el mundo exterior correspondían a modos de ser de una estructura básica que, de acuerdo con su concepción de la forma vincular con los objetos, promovía una tópica peculiar que partía de las áreas y superponía en ellas la posición de los objetos disyuntivos "bueno"/"malo"; de modo que la labor "detectivesca" del analista consistía en descubrir en qué área se depositaba cada objeto y perseguir sus movimientos en el campo así conformado.

LA DIALÉCTICA PICHONIANA

Pero, si la teoría de las áreas podía prestarse a un uso algo estático (y de hecho es lo que va a suceder a partir de la sistematización blegeriana que va convertirlas en simples diferencias de "expresión" de una conducta básicamente única) es importante resaltar que para Pichon era correlativa de su teoría del vínculo y del objeto, es decir de una topología descentrada. Que las áreas no se planteaban como un cuadro descriptivo de la conducta lo demuestra, por otra parte, al incluirlas inmediatamente en ese paradigma genético que descansaba en el fundamento de la relación primaria y la vivencia indiferenciada; desde allí podía desplegarse, idealmente, hacia formas de discriminación y separación que eran también pensadas como el resultado de una *pulsión de conocimiento*. En la *movilidad* de las áreas, entonces, se evidenciaba menos la simple diferenciación expresiva de subcampos de la conducta que la compleja construcción de una suerte de mapa histórico, una topografía desplegada en el tiempo y la memoria de vínculos y objetos significativos. Esa matriz de formación, a partir de la escena de los vínculos primarios, daba cuenta a la vez de la formación del *esquema corporal* y del *esquema referencial* cognoscitivo. El modelo del investigador (el analista o el psicólogo dispuesto a experimentar) era el *niño*, quien "por un proceso permanente de tanteo, de prueba y error, va conociendo el mundo de una manera empírica y se va guiando por un esquema referencial que empieza a funcionar desde fuera, que al principio es la madre que se va metiendo dentro de él y que después es otro" (p.105).

La *dialéctica* se sostenía, en el pensamiento de Pichon, en una noción implícita del desarrollo temprano y se aplicaba inicialmente sobre la materia aportada por la teorización kleiniana de las relaciones primarias con el cuerpo materno: ese es el trasfondo de la angustia claustro o agorafóbica, según una lógica del equilibrio que ordenaría ese desarrollo según un criterio de valor: *ni demasiada separación ni demasiada cercanía*. En ese sentido, los usos de la dialéctica adquirían en Pichon una significación peculiar. En la matriz de su *idea operativa* estaba esa figura reiterada de la "espiral dialéctica" (de lo externo a lo interno, luego a lo externo y nuevamente a lo interno, etc.), una operación de reuniones sucesivas más que de rupturas, que en otros textos prefirió llamar *praxis*. En general, un uso habitual del término se refería a un ideal operativo que coincidía con una teoría del aprendizaje, y que presentaba dos rasgos destacados: la integración de lo disperso y el movimiento de apertura frente a lo que amenazaba con un proceso de "cierre". Esto se ponía de manifiesto, por ejemplo, en el modo de concebir la interpretación, como una intervención (traducción, podría decirse) que debía tender a *juntar* lo que permanecía escindido, es decir, lo externo/interno, lo bueno/malo. En ese sentido, la operación psicoterapéutica podía ser expuesta, según correspondiera, como la "transformación de lo irracional en racional", la producción de una "corrección" con énfasis en el "aquí y ahora" o un "aprendizaje" concebido de modo enteramente coherente e inverso a su teoría del enfermar, dado que la patología psíquica se correspondería básicamente con la incomunicación y la inmovilidad (pp. 58, 67-68 y 85 ss). Una acepción amplia de la noción de *rol* se incorporaba a su teoría del vínculo e integraba la teoría kleiniana de las identificaciones ("introyectivas" y "proyectivas"); en esos términos se exponían los avatares de la transferencia y la contratransferencia como movimiento de asunción y adjudicación de roles (pp. 73-77). Y el "automatismo de repetición" freudiano quedaba rectificado, de acuerdo con esta concepción del aprendizaje, en el sentido de una perturbación de la dinámica del conocimiento y la comunicación motivada por el incremento de las ansiedades, claustro y agorafóbicas, depresivas o paranoides, dependiendo de dónde quedara situado el objeto (p.119).

La voluntad de una "superación" integradora (que guardaba relación con sus lecturas de las psicologías contemporáneas) era patente en la definición ideal de la interpretación: "aquella que partiendo del análisis de la

relación presente en el aquí-ahora conmigo se extiende al análisis de las relaciones que se establecieron antes con otros personajes, para finalmente terminar en cómo será en el futuro la relación con otros objetos" (p.124). En este enfoque dominado por la razón *operativa*, la suma de los préstamos y las apropiaciones se legitimaban por la voluntad de una intervención totalizante que sumaba y agregaba: Freud incorporaba la dimensión del pasado, el análisis existencial lo hacía con el futuro, French y Alexander (1956) aportaban la revisión de los trastornos neuróticos como problemas de aprendizaje y K.Lewin el énfasis en el análisis del aquí y ahora (pp. 124-25). Finalmente, la operación psicoterapéutica proponía tomar el material bajo los dos aspectos de la "superestructura" (contenido manifiesto) y la "infraestructura" (contenido latente) y distinguía un momento fenomenológico y un momento propiamente analítico. La pregnancia de la Gestalt tendía a configurar el campo de la psicoterapia como proceso e interacción, forma en movimiento e investigación participante, de modo que sus resultados afectaban tanto al analista como al analizando según el modelo de la totalización dialéctica. Y la insistencia en la necesidad del movimiento y la "dialección" del discurso psicoanalítico tanto como de sus prácticas revelaba algo de su juicio acerca del psicoanálisis institucionalizado (p. 97). La dialéctica pichoniana ofrecía, entonces, un esquema conceptual que desde la psicopatología se extendía a una concepción del aprendizaje y la comunicación. Por ejemplo, esa Gestalt en movimiento, con momentos de cierre y de apertura, aplicada a la psicopatología, suponía una patología del "cierre" (repeticiones y estereotipias) tanto como una patología de la apertura y la fuga, en el polo maníaco.

Lo más original, en todo caso, era el deslizamiento hacia la problemática del conocimiento y la comunicación, que permitía conectar esa particular dinamización del kleinismo con las tesis extraídas de la psicología social del aprendizaje. En efecto, el cuerpo de la madre, "su interior y sus contenidos" sería el objeto de un *instinto epistemofílico* y prefiguraría todo objeto posible de conocimiento; más aun, constituiría la fantasía básica presente en toda investigación (p. 86). Si la discriminación era la vía de una relación con el objeto que evitaba tanto la separación como el encierro, Pichon introducía allí su *dialéctica* para extraer una teoría del conocimiento como la *espiral* del aprendizaje, un proceso indefinido de aperturas y cierres. Pero esa idea de la dialéctica hacía predominar la integración por sobre la ruptura: Pichon mismo acuñaba la expresión "Gestalt en evolución" para corregir a Hegel, a quien, decía, "le falta la noción de esquema considerada como una estructura en continuo movimiento, como una Gestalt en evolución" (p. 99). De modo que puede decirse que la fórmula dialéctica se subordinaba a la idea de la "continuidad genética" que estaba presente en sus proposiciones psicopatológicas tanto como las psicósociales y, en ese sentido, estaba más cerca de una idea de desarrollo que de la tradición hegeliano-marxista.

Si el primer conocimiento del niño (prototipo del investigador en general y del analista en particular) era el del propio cuerpo en su relación al cuerpo materno, en la matriz de todo conocimiento ulterior, el *objeto* (el pecho frustrante o gratificante, bueno o malo) se recortaba en un espacio imaginario necesariamente conflictivo, siempre como un "obstáculo". Es sabido que tomó de Bachelard la noción de "obstáculo epistemológico", para superponer sobre ella la épica de esa contienda primordial del infante humano con sus objetos originarios (G.Bachelard, 1978). Conocer implicaría enfrentar y vencer un obstáculo: "Siempre se conoce contra algo, contra ese objeto al que hay que romper, desarmar y luego volver a armar" (pp. 106-107).

Finalmente, los parámetros de la comunicación en la cura psicoanalítica quedaban igualmente situados en los marcos de esa teoría básica del conocimiento. Si la relación del analista con su paciente tenía como matriz la relación madre-hijo, no se trataba de lo ya sabido (es decir la "regresión transferencial") sino de concebir en su conjunto la operación psicoanalítica como una investigación que reencontraba los *obstáculos* de esa relación primaria; y el ideal de la operación era, entonces, el de un aprendizaje que discriminara e incrementara la comunicación. A tal punto que Pichon proponía una clave del progreso en análisis: "el aumento progresivo de la capacidad de hacer llegar los mensajes a un mayor número de personas" (p.88). De modo que el abordaje psicosocial de la comunicación y el kleinismo dinamizado por el enfoque del campo adoptaban en el discurso pichoniano ese trayecto espiralado: el neurótico sería, a la vez, alguien que, en el plano del desempeño psicosocial, padece de trastornos de la comunicación y que, en su organización latente, permanece apegado a esa desorden básico de la discriminación respecto del objeto primario.

Pero, ¿qué es lo que haría posible el camino hacia la discriminación y la distancia óptima con el objeto? Pichon parecía atribuir un fundamento primario, instintivo, a la pulsión de conocimiento y de comunicación: "Lo más primitivo y lo más característico del hombre es su imperiosa necesidad de estar en permanente comunicación con las demás personas"; hasta la "ensalada de palabras" del esquizofrénico es una acción comunicativa (pp. 88 y 89). Finalmente, en su utopía comunicativa encarnaba una visión optimista, favorable a los ideales de un progresismo reformista que parecía dejar atrás el fantasma trágico en el que coincidían Lautrémont y ciertos usos de Melanie Klein. En un retorno a los comienzos de su formación y de su práctica, desde esas convicciones, el

pensamiento pichoniano revelaba su fecundidad y su eficacia transformadora en el campo psiquiátrico. No puede desconocerse que la importación de los modelos de los roles y la comunicación hizo posible un giro radical en la consideración de la patología mental a partir de un postulado básico: "la locura es la distorsión de la comunicación con el propósito de comunicarse"; y el principal obstáculo en la comunicación viene a estar, en todo caso, del lado de una psiquiatría defensiva (p.117). Es decir, siempre hay una cura posible y el mayor obstáculo es el psiquiatra mismo.

BIBLIOGRAFIA:

- Alexander, F. y French, T.M. (1956): *Terapéutica Psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós
- Arendt, Hannah, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Bachelard, Gastón (1978), *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI.
- Belinsky, Jorge, (1996) "Los dos cuerpos del padre: sobre la posible existencia de un mito moderno", *Punto de Vista*, 56, diciembre.
- Fairbairn, W. Donald (1962), *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Buenos Aires, Hormé.
- Klein, Melanie (1996), *Amor, culpa y reparación*, Obras completas, 1. El psicoanálisis de niños, Obras completas, 2, Buenos Aires, Paidós.
- Lagache, Daniel (1980), *La unidad de la psicología*, Buenos Aires, Paidós.
- Lagache, Daniel (1982), "Del psicoanálisis al análisis de la conducta", Obras III (1947-1949). "La psicología: conducta, personalidad, grupo", Obras IV (1950-1952) Buenos Aires, Paidós.
- Langer, Marie (1951), *Maternidad y sexo*, Buenos Aires, Nova.
- Lévi-Strauss, Claude (1974), "La familia", en VV.AA. *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*, Barcelona, Anagrama.
- Lewin, Kurt (1988), *La teoría del campo en la ciencia social*, Barcelona, Paidós.
- Mead, George H (1967), *Espíritu, persona y sociedad*, Buenos Aires, Paidós.
- Pichon Rivière, E. (1986) *Teoría del vínculo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Pichon Rivière, E. (1960), "Empleo del Tofranil en psicoterapia individual y grupal", *Acta psiq. psicolog. A.Latina*, vol.VI.
- Pichon Rivière, E. (1970) "Freud: punto de partida de la psicología social" (1965, inédito), en *Del psicoanálisis a la psicología social*, Bs. As., Galerna, tomo 2.
- Roudinesco, Elisabeth; Plon, Michel (1997), *Dictionnaire de la psychanalyse*, Paris, Fayard.
- Segal, Hanna (1965), *Introducción a la obra de Melanie Klein*, Buenos Aires, Paidós.
- Vezzetti, Hugo (1996) *Aventuras de Freud en el país de los argentinos*, Buenos Aires, Paidós.
- Vezzetti, Hugo (1998), "Enrique Pichon Rivière y Gino Germani: el psicoanálisis y las ciencias sociales", *Anuario de Investigaciones*, n° 6, Fac. de Psicología, UBA.
- Zito Lema, Vicente (1976), *Conversaciones con Enrique Pichon Rivière*, Buenos Aires, Timmerman Editores. Setiembre de 2002

NOTAS

- ¹ Para un estudio de ese clima y la relación con las ciencias sociales, ver H. Vezzetti (1998).
- ² Sobre la "relación de objeto": M. Klein (1996), W.D. Fairbairn (1962) y H. Segal (1965).
- ³ Sobre K. Lewin y la "teoría del Campo", ver K. Lewin (1988).
- ⁴ C. Lévi-Strauss ha sacado las consecuencias: entre la dinámica "endogámica" de la familia y las exigencias "exogámicas" de la sociedad no hay continuidad ni armonía sino tensión irresoluble. Ver C. Lévi-Strauss (1974). Para un enfoque diferente sobre la diferencia entre el orden de la familia y el orden de la acción y la política: H. Arendt (1993).